



Ernesto de la Torre Villar  
“La política americana durante la Intervención  
Francesa en México. Notas para su estudio”  
p. 643-666

---

*Ernesto de la Torre Villar, 1917-2009*  
*Textos imprescindibles*  
Ernesto de la Torre Villar (autor)  
Ana Carolina Ibarra (introducción y selección)  
Pedro Marañón Hernández (colaborador)  
Rosalba Cruz Soto (edición)

---

México  
Universidad Nacional Autónoma de México,  
Instituto de Investigaciones Históricas  
Fotografías

Primera edición impresa: 2017

Primera edición electrónica en PDF: 2018

Primera edición electrónica en PDF con ISBN: 2019

ISBN de PDF 978-607-30-1475-5

<http://ru.historicas.unam.mx>

---



Licencia Creative Commons Atribución-NoComercial-CompartirIgual 4.0  
Internacional

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/4.0/deed.es>

---

2019: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Históricas. Algunos derechos reservados. Consulte los términos de uso en:

<http://ru.historicas.unam.mx/page/terminosuso>

Se autoriza la consulta, descarga y reproducción con fines académicos y no comerciales o de lucro, siempre y cuando se cite la fuente completa y su dirección electrónica. Para usos con otros fines se requiere autorización expresa de la institución.

---



INSTITUTO  
DE INVESTIGACIONES  
HISTÓRICAS



REPOSITORIO  
INSTITUCIONAL  
HISTÓRICAS  
UNAM

## LA POLÍTICA AMERICANA DURANTE LA INTERVENCIÓN FRANCESA EN MÉXICO

### NOTAS PARA SU ESTUDIO

“La política americana durante la Intervención francesa en México. Notas para su estudio”, *Revista de Historia de América*, Instituto Panamericano de Geografía e Historia, México, n. 63-64, enero-diciembre de 1967, p. 13-67.

La historiografía mexicana que hace referencia a las relaciones existentes entre México y Estados Unidos de 1861 a 1867 —esto es en el período de la intervención europea, el establecimiento del imperio de Maximiliano y su caída—, así como la opinión pública aún vigente que aquella en cierta forma configura, no están acordes en la calificación que otorgan a la política americana respecto a México. En tanto que unos autores de tendencia conservadora la estiman determinante y consideran que Estados Unidos auxiliaron rotunda y sobradamente al gobierno encabezado por don Benito Juárez, haciendo posible el triunfo de las armas republicanas, otros historiadores, de extracción liberal, se lamentan de la incomprensión, indiferencia y aún obstáculos que el gobierno americano tuvo hacia la causa republicana. Aún más, éstos afirman que esa indiferencia, a más de contrariar la política tradicional de Estados Unidos expresada en la llamada Doctrina Monroe, expuso no sólo a México a perder su independencia, sino también a la Unión Americana, estorbando su futuro desarrollo puesto que Francia y su ejército —apoyados por las mayores potencias europeas— fortalecían las pretensiones de los rebeldes sureños y aspiraban a la creación de un Estado en el sur con un régimen extraño.

Dentro de estas dos posiciones extremas encontramos una gama de afirmaciones muy variada que en alguna forma refuerza las opiniones extremas de liberales y conservadores. Tales opiniones, por otra parte, no solamente se hallan en los historiadores mexicanos, sino también se expresan en los textos norteamericanos y es justamente de éstos de donde en buena parte emanan afirmaciones tan opuestas.

La política norteamericana hacia México en los años arriba mencionados es evidente: no fue definida, sino contradictoria, inconsciente y desleal. Llevada en buena parte por William H. Seward, cuya conducta no podemos determinar haya estado condicionada por tales ideales e intereses reaccionarios, por harta complacencia con las potencias monárquicas de Europa, por falta de confianza en el sistema republicano recién salido de una crisis, o inseguridad en sus decisiones surgida de un análisis cuidadoso de los auténticos recursos políticos, militares y, en fin, humanos de Estados Unidos en aquellos años. Sea cual fuere la razón que determinó su conducta, lo cierto es que el ministro Seward tuvo una actitud titubeante con la causa liberal y transigió demasiado con las potencias agresoras y sus aliados.

Tal actitud fue bien observada por numerosos políticos norteamericanos, quienes la condenaron por estimar que ponía en peligro la seguridad y estabilidad de su país, limitando su futura expansión y comprometiendo su grandeza al permitir que rivales tan poderosos como Inglaterra y Francia, principalmente ésta, le arrebatasen los territorios a que podía aspirar al oeste y al sur, esto es, hacia el Pacífico y al Golfo de México.

Perspicaces escrutadores de la rivalidad imperial que dividió en el siglo XIX al mundo en amplias zonas de influencia o de activa dominación, alertaron al gobierno de Estados Unidos sobre la ventaja que Albión y la Francia del tercer Bonaparte le llevaban y le impulsaron a contenerlas.

La intervención en México representó, y así lo entendieron ciertos políticos alertas, un paso más en la lucha imperial. Las potencias europeas que no se conformaban con ocupar y desmembrar a los países débiles vecinos —como era el caso de Polonia, Grecia, Italia e Irlanda— se habían lanzado en su política agresora contra África, y Argelia era la víctima. En Asia, Indochina fue la presa en el insaciable deseo de penetración. Como resultado y en contra de la expansión imperialista, los países débiles organizaban sus guerras de liberación nacional que estallaron en diversos momentos. México, al rechazar la intervención, inició igualmente su guerra de liberación en la que la nación defendería su independencia y su irrenunciable principio a la libre autodeterminación.

Ocupado México por las potencias europeas, al propio tiempo que perdía su libertad representaba para Estados Unidos un peligro, pues desde su territorio y utilizando sus enormes recursos los enemigos de las causas republicanas podían agredir a la Unión Americana.

Esta realidad no fue bien comprendida por los responsables de la política exterior norteamericana, pues con Seward a la cabeza contemporizaron sobradamente con el imperio. Pero otros políticos, de preferencia representantes ante el congreso, gobernadores y principalmente la opinión pública, opusieron a la ocupación, la reprobaron y la combatieron a través de diversos escritos, de sus intervenciones parlamentarias y de la prensa de tendencia progresista. Si en algunos pesaron consideraciones de amistad, de simpatía, de idéntica posición liberal y republicana, en otros actuó la autodefensa, el temor a un peligro próximo y, en otros más, el deseo de no perder la hegemonía que Estados Unidos había adquirido en América y empezaba a hacer sentir por todo el mundo.

De toda suerte, la opinión pública norteamericana no fue indiferente a los problemas de México, sino que vivió preocupada y presionó a las esferas oficiales en busca de una solución. Un rápido análisis de la producción periódica en favor de México, aparecida en esos años, revelaría aspectos muy importantes y decisivos.

No es nuestro propósito en esta ocasión mostrar todas las intervenciones de diversos funcionarios y particulares en favor de México durante la ocupación, así como muchas otras manifestaciones realizadas en pro de México por numerosas asociaciones de muy diversa índole durante la ocupación francesa —manifestaciones muy significativas por cuanto revelan la simpatía que la causa republicana despertó en Estados Unidos—, sino sólo unas cuantas que permitan entender cómo y en qué grado influyó esa simpatía y opinión en la política americana.

Por ello, de entre esa enorme producción que durante los años de 1861 a 1867 apareció, hemos seleccionado algunos testimonios reveladores de cómo la Intervención francesa fue examinada y juzgada en Estados Unidos. Estos testimonios derivan de varios miembros del congreso estadounidense, esto es, de representantes de varios sectores del pueblo. Senadores en su mayoría, con amplia experiencia política, intervienen en distintos momentos.

El primero de ellos es el testimonio de John McDougall, senador por California,<sup>1</sup> quien al inicio de la guerra con Francia actuó en el Senado en forma enérgica, abierta y valiente para denunciar la agresión contra

<sup>1</sup> Nacido en Ohio el año de 1818, sirvió en la guerra contra México. De 1851 a 1852 fue gobernador de California y falleció en San Francisco el 30 de mayo de 1866, antes de que terminara la Intervención francesa en México.

México que, consideraba, afectaba directamente a Estados Unidos. En una de sus intervenciones explicó, sin embozo alguno, cuáles eran las causas de la agresión y cuál debía ser la actitud del gobierno americano.<sup>2</sup>

McDougall inició su intervención apoyado en argumentos jurídicos demostrativos de que la Intervención francesa en México violaba las normas esenciales del derecho internacional, la validez de los tratados y las convenciones jurídicas; la actitud de Francia representaba un mero abuso de fuerza y un fraude a las reglas del derecho aceptadas por todas las naciones. Tal conducta, asentaba, había sido prevista por los diplomáticos norteamericanos en Europa, pues uno de ellos, acreditado en Londres, observaba al ministro Seward a principios de 1861 que, dadas las circunstancias políticas europeas, varios países hispanoamericanos estaban en peligro inminente, pero que en todos ellos reinaba un espíritu unánime decidido a rechazar la agresión.<sup>3</sup>

Consideraba el senador que la actitud de Francia —violatoria de la convención de Londres— encerraba, más que una reclamación pecuniaria a México, el designio de apoderarse del país para confederarse con los sureños, extender su influencia hasta el Mississipi, afianzar su poder en el oeste y controlar las costas y los territorios del oriente, dominando el Pacífico y los países ribereños y apoderándose de ese gran centro de acumulación de metales preciosos constituido por China.

Afirmaba el senador californiano que la política de penetración francesa se había iniciado desde las primeras décadas del siglo, con el pretexto de solucionar los problemas de Santo Domingo, y que por esa razón hacia el año de 1826, por indicaciones de Adams y Clay, el embajador norteamericano acreditado en París, el señor Brown, en una nota dirigida al barón de Damás, ministro de Negocios Exteriores en Francia, le había advertido que Estados Unidos no vería con indiferencia que Cuba y Puerto Rico pasasen de manos de España a alguna otra

<sup>2</sup> La obra a que hacemos referencia es la siguiente: John McDougall, *Discurso pronunciado en el Senado de los Estados Unidos por M. McDougall apoyando las proposiciones que presentó para que la República del Norte auxilie a México en la actual guerra con Francia*, México, Tip. de V. G. Torres, 1863, 71 p. Esta obra es fundamental para comprender las causas de la Intervención y la conducta diplomática de Estados Unidos, a través de un hombre que tenía una experiencia política sobrada.

<sup>3</sup> [N. del E.: En la versión original Ernesto de la Torre incluyó como apéndice el discurso completo del senador McDougall. Aquí se omite por razones de espacio; sin embargo, ese documento histórico se encuentra disponible en línea para su lectura y descarga: <<https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=loc.ark:/13960/t1z8qq0p;view=1up;seq=3>>. Consultado el 7 de marzo de 2017.]

potencia, lo cual no consentirían “en ninguna eventualidad posible”.<sup>4</sup> Esa actitud, agregaba, se confirma con las recientes declaraciones del general Forey, en las que decía:

No faltará quienes os pregunten por qué prodigamos nuestro dinero para el establecimiento de un gobierno regular en México. En el estado actual de la civilización, la prosperidad de la América no puede ser indiferente para Europa, porque ella es la que alimenta nuestras manufacturas y da vida a nuestro comercio. Tenemos interés en que la República de los Estados Unidos sea feliz y próspera; pero no en que se apodere de todo el golfo mexicano; en que desde allí domine a las Antillas y a la América del Sur, y en que sea el único dispensador de los productos del Nuevo Mundo.<sup>5</sup>

De ello, concluía el senador, hay que desprender que “Francia hace la guerra para detener nuestro progreso” y la hace ligada a los eternos enemigos de Estados Unidos, como son el general Almonte, los confederados Slidell y Masson, y los partidarios de una fusión o fortalecimiento de la dinastía austrofrancesa que trata de dominar Europa. Esta evidencia, discurría el senador, permite entender cómo por una débil suma de \$190 000 —que es el total de las reclamaciones pecuniarias que Francia puede exigir de México— se llegó a obligarla al pago de varias decenas de millones, con lo que no estuvieron acordes las potencias en un principio aliadas con Francia, por lo cual esta última se decidió a invadir sola el país.<sup>6</sup>

Otro pretexto francés, que encubría sus designios y que parece ser no fue tomado en cuenta por los encargados de la política americana, fue el consistente en afirmar que Francia trataba de regenerar a México estableciendo un nuevo sistema de gobierno. Este propósito descrito ampliamente en el *Libro azul* dio origen a debates en el parlamento inglés y, sin embargo, señalaba McDougall, nuestros funcionarios lo desestimaron.<sup>7</sup>

Es evidente que el sentimiento monárquico en México no era general y la demostración de esto radicaba en el rechazo de buena parte de su población a la intervención. Por ello, concluía el senador, había que ir al fondo de la cuestión y observar cómo los primitivos impulsos de

<sup>4</sup> *Ibidem*, p. 15 y s.

<sup>5</sup> *Ibidem*, p. 15.

<sup>6</sup> *Ibidem*, p. 18-30.

<sup>7</sup> *Ibidem*, p. 30.

Francia para apoderarse de los territorios americanos habían subsistido. Explicaba esos impulsos expansionistas considerando una serie de acontecimientos ocurridos en diversos años y en los que era palpable la presencia de agentes franceses, principalmente en los territorios de cara al Pacífico, desde Oregón a Sonora y Sinaloa. Entre algunos de ellos mencionaba la expedición de Raousset de Boulbon, los disturbios ocurridos en 1856 en California, provocados por “los caballeros de la espada”, emigrados franceses y ex miembros de la guardia móvil, auspiciados por el cónsul Dillon, que pusieron en serio peligro a California y en los cuales actuó para contenerlos el propio McDougall.<sup>8</sup>

Observaba el representante que esa política no era una política aislada sino producto de una conciencia entre las potencias monárquicas europeas, contra cuyas ambiciones el presidente Monroe expidió su mensaje y cuya doctrina había sido empleada incontrovertiblemente por la diplomacia americana en torno a América. Sin embargo, afirmaba, sus postulados en esta ocasión no habían sido utilizados, y no sólo México sino también Estados Unidos estaba amenazado. Al observar este hecho interpelaba a los funcionarios responsables de la política exterior diciéndoles: “¿Hay, pues, debilidad radical en nuestro gobierno? ¿Es falta de voluntad en los que lo ejercen? ¿Somos ahora más débiles para sostener esa política que lo éramos hace cuarenta años? ¿Es falta de poder o de voluntad por lo que damos indicio de olvidar la sabiduría y experiencia

<sup>8</sup> *Ibidem*, p. 38 y s. Acerca de estos temas subrayados por McDougall existe amplia bibliografía de entre la cual sólo mencionaremos algunas obras: Abraham P. Nasatir, *French Activities in California. An Archival Calendar-Guide*, Stanford, California, Stanford University Press, 1945, XIV-559 p.; Frank Monaghan, *French Travellers in the United States, 1765-1931: A Bibliographical List*, Nueva York, New York Public Library, 1933; León Lemonnier, *La ruée vers l'or en Californie*, París, Gallimard, 1944, 467 p. (Serie La Suite des Temps, 11); Daniel Lévy, *Les Français en Californie*, San Francisco, 1884. Acerca del conde Raousset-Boulbon, tenemos amplia bibliografía. En español sobresale la obra de Joaquín Ramírez Cabañas, *Gastón de Raousset, conquistador de Sonora*, México, Xóchitl, 1941, 192 p., ils. (Serie Vidas Mexicanas, 3). En francés contamos con André de Lachapelle, *Le Comte de Raousset-Boulbon et l'expédition de la Sonora. Correspondance, souvenirs et oeuvres inédites publiées par...*, París, E. Dentu, Libraire Éditeur, 1859, 319 p., ils., mapa; Jean-Baptiste Pigne-Dupuytren, *Récit de l'expédition de Sonore*, San Francisco, 1854; Henry de la Madelène, *Le comte de Raousset-Boulbon*, París, 1856; Émile Soulié, *Les Gisements des Métaux Précieux accompagnés des notes historiques du Pacifique*, París, 1866, 80 p.; Gaston Soulié, *La Grande Aventure: l'épopée du Comte de Raousset-Boulbon au Mexique (1850-1854)*, París, 1926. Bastante importante, pues entra al fondo económico de esta cuestión, es el libro de James Patrik Stirling, del cual conocemos la versión francesa: *De la découverte des mines d'or en Australie et en Californie ou recherches sur les lois qui règlent la valeur et la distribution des métaux précieux accompagnés des notes historiques sur les effets de l'exploitation des mines américaines, à l'égard des prix en Europe aux XVIIe, XVIIIe et XIXe siècles*, traducido al francés por Augustin Planché, París, 1833, 269 p.

de lo pasado, y abandonamos una doctrina radical, aprobada y bien probada por cerca de medio siglo?” Y continuaba:

Ya no veo debilidad radical en el gobierno: más fuertes somos ahora que lo éramos hace cuarenta años. Podemos dar todo el auxilio que se necesita para sostener la integridad y la independencia de México. En 1823, la Santa Alianza, es decir, la fuerza combinada de las principales potencias de Europa, amenazó con la intervención. Nosotros les dijimos resueltamente: “eso será hacernos la guerra” y toda la Europa se detuvo y abandonó la empresa proyectada. Ahora Francia está sola, pero me avanzo a decir que si toda la Europa continental se coligara con el objeto de subyugar a México y erigir allí un trono para un príncipe europeo, con todas nuestras dificultades domésticas encima somos todavía demasiado fuertes para sostenernos a nosotros y sostener a México. Nuestras dificultades no cambian la regla de nuestros deberes, ni nos relevan de la obligación de resistir hasta la guerra más sanguinaria, la subversión de una república situada en nuestras fronteras, por las armas de un potentado europeo y el establecimiento de una monarquía. Que se aconsejen sólo de sus temores los que teniendo poder para obrar en este negocio se dobleguen en silencio y esperan el tiempo en que Francia nos atacará directamente, y yo les auguro que el desierto llegaría a ser mejor para ellos que los salones del consejo nacional o los lugares en que se congrega nuestro pueblo.<sup>9</sup>

Convencido de la superioridad militar de Estados Unidos y de la justicia con que debían obrar, el senador McDougall no dudaba un momento en declarar que, aún en el caso de una guerra con Francia, ellos saldrían ganando y detendrían así la política expansionista de Napoleón III, la cual representaba una fuerte amenaza. Para contenerla y salvaguardar así a las instituciones libres, era indispensable oponerse aún por medio de las armas.<sup>10</sup> Por otra parte, era deber de Estados Unidos proporcionar a México el auxilio que le había sido negado, comunicárselo y, más aún, celebrar con él tratados para apoyarlo no sólo moralmente.

En la última parte de su intervención destaca un trozo en el que precisa con amplia claridad su pensamiento y sentimientos en contra de la invasión de que México era objeto:

Una de mis proposiciones se refiere a que el presidente comunique estas ideas al gobierno de México. Si nosotros las abrigamos, ¿por qué no comu-

<sup>9</sup> McDougall, *Discurso pronunciado en el Senado...*, p. 51-52.

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 66-68.



nicarlas a aquel gobierno? Esto le daría al menos algún auxilio moral: y ¿por qué no habríamos de hacer un tratado con México? En primer lugar, desearía yo un tratado de reciprocidad, y así no habría lugar a que los ministros Stanton y Chase suscitasen cuestiones sobre si debe haber o no cambios comerciales entre nosotros y el tratado de reciprocidad auxiliaría mucho a aquel país, y al mismo tiempo nos sería muy útil. Por lo que a mí hace, creo que es mi deber dar a México todo el auxilio que pretenda, no negándole el privilegio de comprar nuestros fusiles, a la vez que habilitamos a Francia de medios de transporte; creo que es nuestro deber darle todo el auxilio necesario, 20000 hombres armados y equipados para la guerra, o el número que sea preciso.<sup>11</sup>

Esta participación de un destacado político norteamericano en contra de la Intervención francesa y en defensa de México revela una actitud valiosa y digna de ser considerada. Muestra una amplia esfera de la opinión pública a la cual no se escuchó por parte de los dirigentes de la política exterior, maniatados, comprometidos o temerosos frente a la política agresiva de un imperio europeo.

Aun cuando sus voces fueron desoídas, es indudable que su oposición a una política oscilante e indefinida dejó huellas en la conciencia y la opinión pública norteamericanas.

\* \* \*

La toma de Querétaro por las fuerzas republicanas al mando del general Mariano Escobedo, la aprehensión del emperador Maximiliano y de sus lugartenientes, Miramón y Mejía, la negativa del gobierno liberal para perdonarlos y el juicio y la ejecución de Maximiliano conmovieron no sólo a las monarquías europeas emparentadas con el malhadado príncipe, sino también a los estados republicanos, principalmente a aquellos que en cierta forma se sentían afectados por el establecimiento de un régimen imperial apoyado por fuerzas europeas en el continente americano. En Estados Unidos, las repercusiones que la caída del imperio tuvo fueron importantes desde todos los puntos de vista.

El congreso norteamericano en las sesiones tenidas de julio a diciembre de 1867 se interesó vivamente por la situación mexicana, y varios miembros del mismo expusieron con amplitud informativa y de criterio su opinión en torno de lo ocurrido en México. En esas sesiones, varios prominentes congresistas analizaron la política norteamericana

<sup>11</sup> *Ibidem*, p. 67-68.

en torno a México y criticaron con severidad la política del Departamento de Estado. Pusieron de relieve los senadores la conducta inconsecuente y pusilánime de los dirigentes de su política exterior, al desdeñar aún las más elementales medidas de autoprotección, haciendo a un lado de manera flagrante la columna vertebral de la política americana que era la Doctrina Monroe.<sup>12</sup>

En las discusiones tenidas en el congreso participaron en forma prominente los señores Reverdy Johnson, senador por Maryland, miembro del Partido Demócrata y a quien considerábase ligado por intereses ideológicos con el ministro de Austria; el senador por Michigan, Zachariah Chandler (1813-1879), prominente antiesclavista y más tarde secretario del Interior durante la administración de Ulyses Grant; el senador Jacob Merritt Howard, representante de Michigan (1805-1871); el senador de Tennessee, señor Joseph Smith Fowler; así como el senador representante de Nevada, James Warren Nye, quien ocupó la gubernatura de ese estado. En contra de las determinaciones tomadas por el gobierno del señor Juárez se manifestó el senador por Maryland, Johnson, en tanto que la defensa fue tomada por los restantes, inclusive el senador Nye quien, pese a sus pretensiones anexionistas, manifestó viva simpatía por México.

A pocas semanas de haber sido ejecutado Maximiliano, los representantes norteamericanos abrieron una discusión en la que se recapituló sobre los acontecimientos ocurridos en México y la conducta política norteamericana a ellos relativa.<sup>13</sup>

<sup>12</sup> De ese gran caudal de información referente a la Intervención francesa, a la diplomacia americana en ese periodo, así como a las repercusiones que provocó en los países europeos, reunido por Matías Romero en *Correspondencia de la legación mexicana en Washington durante la intervención extranjera 1860-1868*, 10 v., México, Imprenta del Gobierno en Palacio, 1870-1892, x-90-115, p. 118-129 (Colección de Documentos para formar la Historia de la Intervención), procede parte del material utilizado.

<sup>13</sup> Es importante contrastar esta actitud abierta de los congresistas norteamericanos con las pretensiones intervencionistas del ministro Seward mostradas en la famosa nota del 6 de abril de 1867 dirigida al ministro de Relaciones mexicano, don Sebastián Lerdo de Tejada, por el ministro plenipotenciario Lewis D. Campbell, que dio lugar a justa y decisiva réplica de don Ignacio Manuel Altamirano, aparecida bajo el siguiente título: *La nota de Campbell (observaciones sobre ella por Altamirano)*, Toluca, Tip. del Instituto Literario, 1867, en la cual este ardoroso tribuno precisaba que había sido el propio y auténtico esfuerzo de México el que había triunfado sobre la intervención, que la simpatía que este esfuerzo tuvo en Estados Unidos, se debía “a que favorecía su propia causa que es la de la independencia del continente de América, y que al limitarse en sus auxilios a la influencia moral producida por su afecto, hacía menos todavía de lo que podía esperarse de una nación que ha proclamado con tanto fervor y en su propio interés la célebre Doctrina Monroe”. Concluía Altamirano que las peticiones de los funcionarios norteamericanos, apoyadas en una supuesta

Entre los temas más importantes tratados en esas sesiones figuró el de la ayuda prestada por Estados Unidos a la causa republicana en México. Éste fue abordado por el senador de Michigan, el señor Chandler, quien sostuvo que la política norteamericana hacia México había sido desde un principio cobarde, desdeñando la propia seguridad que un gobierno republicano ofrecía al de la Unión y permitiendo el establecimiento de un régimen extraño que amenazaba, por sus ligas con las potencias europeas, la paz y la tranquilidad del nuevo continente. En su intervención, el senador Chandler recapituló la ilegitimidad del régimen de Maximiliano impuesto por las fuerzas francesas, la repulsa del pueblo mexicano a ese sistema y la crueldad de los decretos imperiales para someter a los descontentos, crueldad que afectó al propio Maximiliano al caer también él bajo el peso de una disposición semejante a las suyas que no era posible eludir. El análisis de Chandler, bien informado y en el cual emplea comparaciones con personajes y acontecimientos muy recientes de su país, dice:

Es bien sabido, es un hecho admitido, que la invasión de México fue en realidad carne y hueso de nuestra rebelión. Si el gobierno de los Estados Unidos hubiese estado en paz, nadie presume que se hubiese hecho tentativa alguna para establecer un imperio en la República de México. Si Maximiliano hubiese ido a México, como otros filibusteros, como López y el hijo de Enrique Clay fueron a Cuba, y como otros han ido, sin más que su vida en las manos, en seguimiento de una corona, habría logrado una corona, o perdido su cabeza, y no se habrían hecho observaciones.

Él aventuró su cabeza por una corona, y ciertamente no hay falta en ello, ni sus amigos tuvieron derecho a cuestionar sobre tal determinación. Si triunfaba ganaba un imperio y si perdía, perdía su cabeza.

Pero, señor Presidente, Maximiliano pretendía ser algo más que un aventurero, más que un filibustero. Pretendía haber sido electo por el pueblo mexicano para ocupar el trono de México, y yo propongo que se examine por un solo momento aquella pretensión.

Tengo en la mano una carta de un oficial de nuestro ejército, distinguido durante la rebelión, que desde el término de ella pasó en México

decisiva ayuda de ese país, “fiados en la amistad del pueblo de los Estados Unidos, mañana vendría al gabinete mexicano otra nota semejante, prescribiendo la abolición de tales o cuales derechos de comercio, so pretexto de simpatías y civilización, otra exigiendo la concesión de tales o cuales privilegios para otras tantas empresas y he aquí cómo la República Mexicana irá aceptando bajo la tutela imperiosa de los Estados Unidos, un vergonzoso pupilaje, haciendo el papel de un niño amenazado por la férula”. *Cfr.* Ernesto de la Torre Villar, *La Intervención francesa y el triunfo de la República*, México, Fondo de Cultura Económica, 1967, 449 p. (Serie Vida y Pensamiento de México), p. 50 y s., 439 y s.

algunos meses y quien, además, está ampliamente instruido en los negocios de México, y al escribir bajo un punto de vista mexicano, dice:

Todos sabemos cómo ha sido electo Maximiliano. El mariscal Forey nombró treinta y cinco notables reaccionarios: éstos eligieron una regencia de tres individuos, los generales Almonte y Salas y al arzobispo de México, que habían sido de los principales corifeos que promovieron el establecimiento de una monarquía.

Éstos, entonces escogieron un nuevo círculo, todo de reaccionarios, y entre ellos se encuentran muchos de los que se han hecho un proverbio de los horrores mexicanos. La farsa terminó con la elección de Maximiliano y cuando el general Bazaine, en un paseo militar que dio, hizo levantar actas de adhesión apoyado en sus cuarenta mil bayonetas, siete octavas partes de la población de México y veintinueve trigésimas de su territorio, estaban fuera de la protección francesa, según un cálculo franco digno de fe. Sin embargo, Maximiliano aceptó este voto unánime. Decir que él ignoraba el modo en que fue electo, es un insulto a su inteligencia; porque si nada existió en aquel tiempo para probar el alto aborrecimiento de la mayoría del pueblo mexicano a la invasión, el sitio de Puebla, una de las defensas más heroicas en la historia, fue suficiente. Los que arguyen que Maximiliano fue engañado con la idea de que México necesitaba su gobierno, solamente prueban su incapacidad intelectual.

Escribe además, el mismo individuo, lo siguiente:

Bazaine, con su opresora y desmoralizadora mano, sostenido por cuarenta mil bayonetas francesas y por el contingente retrógrado que el tesoro francés mantenía, comenzó el imperio, la desolación de México. En ésta fue ayudado por William H. Seward, secretario de Estado de los Estados Unidos, quien aparentemente impedía todos los esfuerzos de la República para obtener armas de los Estados Unidos mientras todas nuestras puertas aparecían estar abiertas al imperio, desde New York hasta el Río Grande. Al fin el imperio dominó tan sólo aquellas líneas que ocupaban sus bayonetas. En ningún período de su existencia, antes o después, pudo un correo introducir con seguridad cartas entre dos grandes ciudades de México sin llevar escolta. En este grado de farsa imperial, Maximiliano, exasperado por la tenaz defensa del país, expidió un decreto el 3 de octubre de 1865 (os ruego no olvidéis que él fue a enseñar a los mexicanos la civilización), cuyo decreto no ha sido igualado en barbaridad y sobrepasa en mucho al que su hermano Francisco José dio contra los húngaros. Por este decreto los oficiales de menor graduación del imperio podrían haber aprehendido al Presidente Juárez, fusilándolo dentro de veinticuatro horas sin remedio; por ese edicto, México fue puesto a cuchillo. Yo mismo he visto los efectos de su salvaje aplicación. Especialmente la parte del norte de México fue señalada por su desolación y millares de gente principal del

país doblegados al sangriento torbellino que no respetaba edades ni sexos. He pasado de pueblo en pueblo y los he visto aniquilados hasta su cimien to por el fiat imperial, después de la promulgación de ese decreto. ¿Se hor rrorizó entonces él mismo? ¿Acaso el imperio acalló con su oro el ruido que hacían los borbotones de sangre que corrían por las venas de la República?

Señor Presidente, esta apariencia de elecciones, como sabe todo el que conozca bien los negocios mexicanos, no fue más que una mera preten sión, porque nunca, durante la ocupación total de México por las tropas francesas, tuvo un amigo del imperio seguridad para salir fuera del lugar guardado por las bayonetas francesas. Ahora, señor, digo que si Maximilia no hubiese ido allí como cualquier filibustero, jugando la vida por una corona, su vida habría sido justamente tomada en represalia, cuando hubiese fracasado en su proyecto de revolucionar en la nación; pero como adición a esta injustificable expedición filibustérica, lanzó aquel abomi nable decreto, su vida no era aún el pago absoluto de su crimen. Cuando firmó ese decreto, se desprendió de toda esperanza de conmisericordia, a menos que hubiese conseguido derrocar a la República Mexicana. Pues, señor, desde la fundación del mundo, jamás se expidió o ejecutó tal de creto; y sin embargo, desde que presenté este dictamen, se me ha informa do por personas que están en el teatro de los acontecimientos, y de la más alta respetabilidad, que el decreto fue más salvaje en su ejecución que en su concepción. Mirad por un sólo momento ese decreto expedido en el siglo diecinueve por un príncipe de la casa de Habsburgo, filibustero en México, y hombre que jugó su vida por un imperio y que perdió:

“Art. 1o. Todos los que pertenecieran a bandas o reuniones armadas, que no estén legalmente autorizadas, proclamen o no algún pretexto po lítico, cualquiera que sea el número de los que formen la banda, su orga nización y el carácter y denominación que ellas se dieran, serán juzgados militarmente por las cortes marciales; y si no declarasen que son cul pables, aunque sea sólo por el hecho de pertenecer a la banda, serán condenados a la pena capital, que se ejecutará dentro de las primeras veinticuatro horas después de pronunciada la sentencia.”

Si Maximiliano se hubiera unido a los rebeldes como se esperaba que lo hiciera, hubiera tenido más dominio sobre los Estados Unidos de Nor te América, que el que tuvo sobre la República de México. Si se hubiese unido a los rebeldes, hubiera tenido tanto derecho para expedir ese de creto y declarar fuera de la ley a todos los soldados que peleaban por la libertad de este Gobierno, cuanto tuvo para declarar así a los mexicanos. Suponed que Maximiliano había desembarcado en los Estados rebeldes, y que había puesto en ejecución aquel decreto; suponed que había captu rado por sorpresa al general Grant (porque Arteaga guardaba en México una posición tan elevada como la de Grant en los Estados Unidos); supo ned que había ejecutado al general Grant, y a más de diez mil de nuestros patriotas soldados de la Unión; ¿hubiera habido un grito de misericordia para el hombre que había llevado a cabo tan condenable decreto? ¿Habría

habido piedad alguna para el monstruo? Y sin embargo, los casos son tan absolutamente iguales sólo que Maximiliano hubiera ejercido una guerra más fuerte y más segura sobre este Gobierno, que la que ejerció sobre el Gobierno de México. El decreto no hubiera sido una sola jota más bárbaro e inhumano expedido en los Estados Unidos y ejecutado sobre el general Grant y los soldados de la Unión, de lo que lo fue expedido en el suelo de México y ejecutado sobre el cuerpo de Arteaga.

“Art. 2o. Aquellos que perteneciendo a las bandas mencionadas en el artículo precedente sean capturados con las armas en la mano, serán juzgados por el jefe de la fuerza que los capture.”

No había diferencia si el jefe de la fuerza que capturaba a un patriota general mexicano, era un general del ejército francés, o un general del ejército austriaco, o un cabo de cualquiera de los dos ejércitos: el jefe de la fuerza tenía orden de ejecutarlo sin apelación, en el término perentorio de veinticuatro horas.

“Art. 3o. Los que perteneciendo a las bandas de que habla el artículo anterior, fueren aprehendidos en función de armas serán juzgados por el jefe de la fuerza que hiciere la aprehensión, el que en un término que nunca podrá pasar de las veinticuatro horas inmediatamente siguientes a la referida aprehensión, harán una averiguación verbal sobre el delito, oyendo el reo sus defensas. De esta averiguación levantará un acta que terminará con su sentencia, que deberá ser a pena capital, si el reo resultara culpable, aunque sea sólo del hecho de pertenecer a la banda. El jefe hará ejecutar su sentencia dentro de las veinticuatro horas referidas, procurando que el reo reciba los auxilios espirituales. Ejecutada la sentencia el jefe remitirá la acta de averiguación al ministerio de guerra.”

Sigue la especificación de aquellos que están sujetos a la ejecución de este decreto. No ocuparé sino un breve espacio de tiempo en revisar este decreto. Estoy seguro que el pueblo de los Estados Unidos, no tiene conocimiento de esta cuestión, pues de otra manera no habría un hombre en ellos que no dijera que el Gobierno mexicano no solamente había obrado justificadamente, sino que era su deber ejecutar a un hombre que de tal manera había violado el arte moderno de la guerra.

“Artículo 5o. Serán juzgados y sentenciados con arreglo al art. 1o. de esta ley:

- I. Todos los que voluntariamente auxiliaren a los guerrilleros con dinero o cualquier otro género de recursos.
- II. Los que les dieran avisos, noticias o consejos.
- III. Los que voluntariamente y con conocimiento de que son guerrilleros, les facilitaren o vendieren armas, caballos, pertrechos, víveres o cualesquiera útiles de guerra.”

Señor Presidente: el hombre que sabiendo que su hermano estaba al servicio del ejército de la República, o lo resguardaba en la noche, estaba

sujeto a ser aprehendido y fusilado en el término de veinticuatro horas, la madre que protegía a su propio hijo (y se me ha dicho que miles de hogares quedaron desolados por este decreto), la madre que protegía a su propio hijo, que peleaba por su gobierno y por su patria, estaba sujeta a ser sacada y fusilada por el oficial que la arrestase. ¿Fue alguna vez ejecutado tal decreto en una nación civilizada? No tengo noticia de ello.

Después de expedir tal decreto, la última esperanza de lenidad hacia Maximiliano fue desvanecida en el momento de su caída, porque al expedirlo firmó su propia sentencia de muerte, y él lo sabía. Nunca esperó que se le salvase la vida, y supo que había firmado su sentencia de muerte al firmar ese decreto. Pero, señor, es verdad que las simpatías del mundo deben de alistarse al lado de este desgraciado príncipe, tal vez porque era un príncipe de la casa de Habsburgo. Cuando el hijo de Henry Clay (y ciertamente no habrá americano que diga que por las venas del hijo de Henry Clay no corría tan buena sangre como la del hijo o el hermano de cualquiera potentado de la tierra) fue aprehendido en una expedición filibustera, ¿qué se hizo con él? Se le dio garrote. A López también se le dio garrote. ¿Hubo acaso algún luto por él?

Suponed que el hijo de Andrés Johnson creyese que fuera una cosa conveniente establecer una república en Francia: supongamos que él desembarcase en territorio francés y proclamase una república; supongamos también que él obtuviese buen resultado, reuniendo a los republicanos de Francia en su derrota (y ésta es una suposición mucho más posible y posible que la suposición de que se estableciese un imperio en México en 1860); supóngase que el hijo de Andrés Johnson, obrando así, se estableciese en Francia y expidiese, después de algún tiempo, un decreto semejante, arrestase al mariscal Bazaine y sumariamente lo fusilara, y fusilara también más de 10000 soldados de la Francia, y que después fuese él aprehendido: ¿Cuál creéis que sería su suerte? El Gobierno francés no ha manifestado cómo trata a los rebeldes: los mete en una cueva y los ahoga con humo.

Supongamos que él pensaba que el republicanismo fuese una cosa adecuada para Irlanda y que hubiese desembarcado en las playas de ese país proclamando una república en la propia Irlanda, expidiendo allí un decreto por el cual todos los hombres que pelearon contra el republicanismo de Irlanda fueran parias, y que, capturado por alguno de los soldados, se le fusilase dentro de veinticuatro horas; y supongamos que, en el transcurso del tiempo, el Gobierno inglés había derrotado al hijo de Andrés Johnson: ¿qué pensáis, qué creéis que habrían hecho con él? El Gobierno británico nos ha enseñado lo que hace con los hombres que son reos de rebelión contra su autoridad. Los fusila a la boca del cañón, y lo hace así sin remordimiento alguno.

Supongamos que desembarcaba en Austria, pensando que el republicanismo era conveniente a la Hungría, expidiendo allí un decreto en virtud del cual todo el que pelease contra las libertades de los húngaros

sería sumariamente fusilado. ¿Qué habría hecho el emperador de Austria? Nos ha mostrado cómo trata a los delincuentes políticos: los azota hasta la muerte con el látigo.

Pero los mexicanos fueron más misericordiosos, más civilizados y más ilustrados. Creo que México se equivocó. Creo que México incurrió en un error. Yo pienso que el hombre que fue capaz de expedir y capaz de ejecutar aquel decreto, no tenía derecho de morir de bala. Yo pienso que en justa represalia, debía haberse dispuesto que, donde y cuando se le hubiese aprehendido, fuese inmediatamente colgado. Yo pienso que perdió el derecho a sufrir la muerte de un soldado. Mas los mexicanos fueron un pueblo caballeroso que desentendiéndose de estos ultrajes le concedieron la misma muerte que habría recibido un filibustero común.

Señor Presidente: yo no estoy discutiendo lo que habría hecho o lo que esta nación habría hecho. Estoy discutiendo la razón y la sinrazón de la cosa, y lo que otras naciones han hecho y harían bajo tales circunstancias. Los mexicanos podían haber sido magnánimos otorgándole la vida. Ellos no lo creyeron conveniente, y estaban justificados al no hacerlo. Maximiliano nunca pensó que lo harían, nunca soñó que su vida fuese salvada. Mas ahora, porque este hombre fue fusilado como merecía serlo, tres naciones se ponen de luto, y los representantes de ella son retirados de la corte de México, donde espero que nunca volverán. Ellos han retirado sus agentes consulares de allí, los que espero que nunca se restablecerán.

Señor Presidente: México, durante aquella larga lucha de cinco años, fue aliada nuestra. Si no hubiese resistido a los ejércitos franceses durante aquellos cinco años, ¿quién sabe si hubiéramos tenido una diversión por nuestras fronteras del Sur con el ejército francés, a quien tuvieron tan ocupados estos patriotas mexicanos? Además, se estaba negociando, según se me ha informado y creo, que los Estados Unidos querían proporcionar a este imperio una parte del territorio. Se abrieron negociaciones para entregarles Texas y el gran Territorio de Nuevo México. Digo que los Estados Unidos debían ministrar una gran parte de este imperio, si hubiese tenido buen resultado, y si la rebelión lo hubiese tenido también. Este imperio mexicano era carne y hueso de la rebelión, y los mexicanos, en su ardua y casi desesperanzada lucha por salvar la independencia, eran aliados nuestros. ¿Cómo los tratamos al obrar como nuestros aliados?<sup>14</sup>

Por su parte, el senador de Tennessee, el señor Fowler, al referirse a algunos otros momentos y aspectos de la política con México y a la indiferencia con que su suerte había sido vista, confesaba que lamentablemente se había dejado pasar la mejor oportunidad para ofrecer a

<sup>14</sup> Matías Romero, *Correspondencia de la legación mexicana...*, p. 95 y s.



nuestro país la ayuda de Estados Unidos, pero que consideraba sería mejor ofrecerla en ese momento que dejar en absoluto de otorgarla. Y agregaba: “Hubo un período en la historia de la revolución de México, en que la expresión de simpatía de los Estados Unidos habría sido de grande importancia, no sólo a los republicanos de México en lo que a ellos concernía sino con el fin de detener a la invasión que arrebató a tantos de sus ciudadanos y que vino arruinando a aquella República.” En su alocución atacaba al gobierno por no haber tomado una actitud bien definida y consecuente:

Sospecho —decía— que, debido a una falta de valor de parte de los que manejan los negocios de relaciones exteriores de los Estados Unidos, comenzó la invasión de México. Si se hubiese entonces expresado la opinión siquiera de algún departamento del gobierno a su debido tiempo, Maximiliano jamás habría puesto los pies en el suelo de aquella República. Tal expresión no se hizo. No solamente no fue hecha, sino, más aún, se despreció la oportunidad. La política tradicional de nuestro gobierno que tenía tanto tiempo como sagrada, fue enteramente ignorada. Según se ha manifestado, no solamente no se proporcionó auxilio a los republicanos de México, ni expresión de simpatía alguna, ni determinación para mantener nuestra política, sino que, por el contrario, el Gobierno de los Estados Unidos, manifestó un completo abandono y una entera sujeción al interés de los invasores. Esa era la política que se llevó delante por parte de la República de los Estados Unidos. Es cierto que era en la época en que estábamos comprometidos en una guerra terrible en nuestro propio país, cuando tal vez era imposible dar alguna ayuda material de importancia a la República de México; pero no estábamos en aquellas circunstancias impedidos de expresar nuestra determinación, a fin de sostener una doctrina que habíamos observado como sagrada durante tantos años, si aquellos que estaban encargados de las relaciones exteriores del Gobierno, hubieran poseído el valor que requerían las exigencias de la época.<sup>15</sup>

En contraste con esa falla en la solidaridad con la República Mexicana, los defensores de México señalaban la ayuda que Estados Unidos había prestado al imperio. El senador Chandler aseguraba que por “órdenes del Secretario de Estado, se permitió al ejército francés comprar cualquier material de guerra, sin restricción ni límite y embarcarlo a México. Millares de mulas y de carros, y alguna cantidad de material de guerra, se compró públicamente en el mercado y se embarcó a México

<sup>15</sup> *Ibidem*, p. 105.

para ayudar al usurpador.” Efectivamente, ese material sirvió para que los ejércitos de Forey pudieran subir a la meseta a batir a los mexicanos y facilitar el ingreso de las tropas francesas en el país. La correspondencia oficial de la intervención conservada en el castillo de Vincennes muestra la enorme cantidad de mulas, carros y material bélico comprado a Estados Unidos y llevado a México, para conducir hombres, municiones y víveres. En cambio, cuando México —continuaba Chandler— “pudo comprar algunos miles de fusiles, que no servían ya a los norteamericanos, es decir, sus armas viejas e inservibles convertidas en armas de persecución, y los tenían listos para embarcarlos, no pudo obtener un permiso para su exportación. El mismo ministro mexicano me dijo que se había dirigido al secretario de Estado, y éste le manifestó se dirigiera al secretario del Tesoro. Lo hizo así, y el secretario del Tesoro dijo que no expediría el permiso, y nunca consiguió que sus armas llegasen a México”.<sup>16</sup>

<sup>16</sup> *Ibidem*, p. 100. El senador Chandler analizó igualmente la opinión pública norteamericana relativa a los asuntos de México, la cual en lo general era favorable, salvo la emitida por los acelerados y los propios enemigos del Estado. En uno de los párrafos destacados de su alocución en el cual critica la posición oficial y propone una resolución, afirma:

El manejo de este Gobierno relativamente a México ha sido desde el principio cobarde. Y ahora, señor, después de haber dejado a la nación mexicana combatir por sí sola, cuando el mundo está conspirando contra ella, ¿debe desentenderse esta gran nación y ver con calma que conspire el mundo contra la República de México, o debemos expedir una enérgica protesta contra la injerencia en México por los poderes de la tierra? Pues señor, no hace más que un día o dos que apareció lo siguiente en el *Tribune* de Nueva York:

“Todos los gobiernos europeos manifiestan la más intensa excitación, y apenas puede dudarse que, si no fuera por los Estados Unidos, se formaría una nueva y formidable combinación de los poderes europeos en contra del Gobierno de la República de México.”

Si no fuera por los Estados Unidos, no dudo que esa combinación se formase. Pero señor, hay unos Estados Unidos y no podréis encontrar hombres, mujeres o niños en toda la extensión de esta tierra que haya sido siempre leal al Gobierno de los Estados Unidos, que no sea amigo de México en sus presentes padecimientos y tribulaciones. Algunos condenan el hecho de México; pero de estos no conozco más de tres clases. En primer lugar están los humanitarios, quienes no creen en el derramamiento de sangre por el crimen. Ellos, bajo la dirección de Horacio Greeley, se horrorizan de que se hubiera derramado la sangre de este hombre. Después sigue otra clase de hombres que ven algo de maravilloso en la sangre real. Puede denominárseles propiamente instrumentos que, bajo la dirección de Raymundo del *Times*, esperan estar bien con los gobiernos despóticos extranjeros denunciando al Gobierno de México. Después sigue otra clase de hombres que hace cuatro años exclamaban: “A Washington”, rebeldes y traidores hombres que viviendo en el Norte simpatizaban con la traición, y que ahora exclaman: “A México”. Éstos son los hombres que jamás pusieron un dedo para salvar a este Gobierno, cuyas simpatías estaban todas contra él; y ahora, a la verdad, porque México ha ejecutado a este hombre, gritan: “A México, al Palacio de los

Y el senador Nye acusaba, por su parte, al gobierno de permitir que los buques norteamericanos que hacían el servicio de Acapulco a San Francisco fueran cargados de provisiones para el ejército francés y en cambio afirmaba:

He visto a los desterrados mexicanos en la costa pedir por Dios unas pocas de municiones o armas; y este Gobierno —el de los Estados Unidos— por medio de sus buques guardacostas, tenía sobre ellos su mirada tan severa como la del águila fijándose sobre ellos [...] entonces como ahora, simpaticé con estos mexicanos que luchaban entonces y aún ahora y era indigno de este Gobierno cuyas instituciones descansaban sobre la misma hipótesis y teoría, ministrar caballos, pasturas, pan y vino a esas fuerzas imperiales, rehuyéndoselos a estos sedientos, desfallecidos y agonzantes mexicanos, que peleaban por una causa semejante a la nuestra.<sup>17</sup>

Sostenían también los senadores que Maximiliano, el príncipe extranjero traído desde Europa para hacerse cargo del imperio, no tenía ningún apoyo ni prestigio en el pueblo y que su imposición estaba sostenida sólo en las armas francesas: “Él aventuró su cabeza por una corona, y ciertamente no hay falta en ello, ni sus amigos tuvieron derecho a cuestionar sobre tal determinación. Si triunfaba, ganaba un imperio; si perdía, perdía su cabeza. Pero [...] Maximiliano pretendía algo más que un aventurero, más que un filibustero. Pretendía haber sido electo por el pueblo mexicano para ocupar el trono de México”. Indicaba el senador Chandler:

Y esa elección motivada por los deseos de los grupos reaccionarios, era fraudulenta, pues se había logrado gracias a la presión de las bayonetas francesas y sólo en determinados lugares del país, el cual rechazaba del todo esa forma de gobierno, instaurada gracias únicamente a la opresora y desmoralizadora mano de Bazaine, quien con su contingente retrógrado sostenido por el Tesoro francés, comenzó el imperio, la desolación de México. En esto —afirmaba— fue ayudado por William H. Seward, Secretario de Estado de los Estados Unidos, quien aparentemente impedía

Moctezumas.” No es el pueblo de los Estados Unidos, no son los hombres que derribaron a la rebelión los que están condenando al Gobierno de México por la ejecución de Maximiliano. Hay unos pocos que no entienden los hechos del caso, y que piensan que tal vez podría haber dado el mismo resultado perdonándole la vida; pero en el momento mismo en que comprenden los hechos del caso, dicen que México ha vindicado noblemente su existencia ejecutando al hombre que se atrevió a promulgar y llevar adelante el infame decreto acerca del cual llamo vuestra atención.

<sup>17</sup> *Ibidem*, p. 118.

todos los esfuerzos de la República para obtener armas de los Estados Unidos, mientras todos nuestros esfuerzos aparecían estar abiertos al imperio, desde Nueva York hasta el Río Grande.<sup>18</sup>

El representante de Michigan, además de censurar la actitud de los encargados de la política exterior de Estados Unidos, señalaba el hecho de que la ejecución de Maximiliano había desatado una fuerte ola de protestas en Europa y en los mismos Estados Unidos, protestas tras las cuales cerníase una amenaza que era necesario contener, pues significaba también un peligro para la propia Unión, por lo cual era necesario que el congreso emitiera una resolución en la que, a más de mostrar simpatía por México, advirtiera severamente a las potencias europeas que no toleraría más intervenciones en América. La resolución pedida por Chandler debía ser clara y suficientemente fuerte, “no solamente de simpatía, sino de ayudar, si es necesario, a México, en el caso de que sea invadido nuevamente por los déspotas de la tierra; quien lo intente se desgraciará a sí mismo a los ojos no sólo de las naciones, sino a los del pueblo leal de este país”:

Nosotros queremos que los austríacos, franceses e ingleses entiendan que, si ellos comienzan una guerra contra México, tendrán también la necesidad de pelear contra los Estados Unidos de Norteamérica. —Señor: dictad una resolución simple de simpatía y auxilio, y ninguna nación se mezclará con México. Hoy no hay nación alguna a la faz el universo que quiera una guerra con los Estados Unidos. Todas las naciones de Europa combinadas, no emprenderían hoy una lucha con los Estados Unidos por este lado del Atlántico.<sup>19</sup>

—Señor Presidente: ahora es tiempo de alegar la Doctrina Monroe con algún fin. Ya no hay en el continente de Norte América espacio para un imperio. No es suficientemente grande, no tenemos ya lugar; y yo deseo que el Congreso, antes de su clausura, lo diga así en atrevido y varonil lenguaje. Quiero expresar mis simpatías por México, y quiero asegurarle que apreciamos los eminentes servicios que nos ha prestado durante la terrible rebelión que acabamos de pasar, y asegurarle también que sus buenos oficios no se olvidarán, sino antes bien, serán compensados en reciprocidad a su vez.

—Señor: México ha vindicado noblemente sus derechos para gobernarse por sí mismo, por su poder de resistencia y por su poder de sufrimiento. México ha esperado contra toda probabilidad. Esperaba la ayuda

<sup>18</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>19</sup> *Ibidem*, p. 99.

material del Gobierno de los Estados Unidos y puesto que ambos conteníamos por la misma causa, México tenía derecho a esperar un auxilio material del Gobierno de los Estados Unidos. México nunca lo recibió. Pero ahora, señor, otras naciones que han monopolizado el comercio y la influencia política en México, se proponen nulificarla aflojando los lazos que los han oprimido por medio siglo. Muy bien, señor, estoy contento de verlo así, y me propongo ahora decir a México: “os tendemos la mano derecha en señal de confraternidad; somos repúblicas hermanas; podéis confiar en nuestra amistad y en nuestro auxilio”. —Podéis, señor, descansar seguro en que nunca se ha prestado tal oportunidad a ninguna nación, como la que ahora se presenta a ésta, bajo un punto de vista material con respecto a México. Todo el comercio de la República vendría a parar naturalmente en manos del pueblo de los Estados Unidos, el cual permanece de su lado, en su hora de prueba.<sup>20</sup>

La presencia de Maximiliano en México, a más de poner en peligro la suerte de este país, significaba para Estados Unidos una limitación y una amenaza, pues el objeto real de la expedición consistía en apoderarse primero de la llave de América que representaba el Golfo de México y posteriormente adueñarse de los mares del sur, que irían a parar en manos de ingleses y principalmente de Napoleón III que deseaba engrandecer su imperio, impidiendo en esa forma la expansión norteamericana y sus posibilidades de progreso. Las ideas expuestas con entera claridad por McDougall unos años antes encontraban eco en estas discusiones en las que se revela con precisión el trasfondo de dominio económico y la rivalidad de intereses que existía en esa crisis que ensangrentaba a México.<sup>21</sup>

<sup>20</sup> *Idem*. Una proposición de resolución en favor de México, aprobada por varios senadores como resultado de su actuación, es la siguiente:

Se resuelve por el Senado y la Cámara de representantes reunidos en Congreso: Que el Congreso de los Estados Unidos no advierte violación alguna del derecho internacional, falta de respeto a los Estados Unidos de América, en el trato que el Gobierno mexicano ha dado a los enemigos de aquella República.

Se resuelve: Que el Congreso de los Estados Unidos no permitirá que ninguna potencia europea intervenga en México, a consecuencia de la conducta que el Gobierno de aquella República ha observado con sus enemigos, que atentaron a la destrucción de sus instituciones republicanas.

<sup>21</sup> *Ibidem*, p. 120. En una parte de su intervención, el senador Nye aclara esa posición:

Viendo el mapa del mundo, encontramos que México forma una parte importante de este continente, en vista de su proximidad a nuestro propio Gobierno; y el que lo mire cuidadosamente, encontrará que, a fin de completar la simetría de esta República, nosotros necesitamos y tendremos la agresión de México, como perteneciente a nosotros.

Otro hecho muy significativo, señalaban los senadores, que debía mover al gobierno norteamericano a dar su apoyo a los republicanos, era que el imperio estaba ligado por sus intereses a la causa de los sueños, y que Napoleón había mostrado sus simpatías por su rebelión con tal de dividir a Estados Unidos. Más aún, a más de enajenar la Sonora a los franceses, lo cual afectaría a los mexicanos, abrió negociaciones para que se les entregara Texas y Nuevo México, lo cual afectaba a Estados Unidos.

Los republicanos al luchar contra el imperio —afirmaban— han defendido la causa de la Unión Americana y nos han hecho un gran beneficio, el cual debemos pagar con gratitud y reconocimiento. Durante cinco años México sirvió a la Unión como su mejor aliado, y sus patriotas combatiendo contra los franceses eliminaron muchos problemas y tal vez muy serios choques.

La lucha de los mexicanos, señalaban los senadores norteamericanos, ha sido una lucha heroica:

Quizá ningún pueblo ha mostrado, como éste, más verdadero valor, más esforzado patriotismo y más fidelidad a sus instituciones que el pueblo de México. El sitio de Puebla ha sido una de las defensas más heroicas en la historia, y hasta el día, ningún viviente ha manifestado esos rasgos de carácter en un grado más elevado que el Presidente de aquella república.

Juárez —afirmaba Mr. Nye—, bajo circunstancias que habrían hecho desfallecer aún a nuestro propio Gobierno con toda su fuerza y con todo su poder; Juárez, con pequeños ejércitos, sin trenes ni bagajes, sin abastecimientos, sin fondos, guiado solamente por la estrella de la libertad, a través de una larga noche de congojas, de vejaciones, de ansiedades y de cuidados, nunca ha perdido de vista ni por un solo momento aquel principio a que el mundo comienza a rendir culto ahora, el principio de la libertad, aun cuando la última chispa de esperanza se había desvanecido.<sup>22</sup>

No convengo enteramente con el distinguido senador que me ha precedido en la palabra con respecto al objeto de la ida de Maximiliano a México. Yo niego, por la historia de la época, que su objeto era resucitar o regenerar a México. Su objeto al ir allí no era el de beneficiar a México, sino el de injuriarnos, porque nadie pretenderá al presente negar que la invasión de México fue parte del proyecto total de rebelión, con que los franceses trataron de distraer y dividir nuestros ejércitos, como lo suponían, por medio de una invasión a México, mientras el Gobierno inglés trataba de hacer el faro del Océano con la llama de nuestro comercio. Aquella política de desarrollo temprano, y todas las testas coronadas de la Europa, se vieron comprometidas en la empresa de ayudar a la rebelión, atentando derribar a esta República. Por tanto, no participo del sentimiento del distinguido senador de Maryland, cuando dice que él simpatiza con Maximiliano por su noble fin de emprender la regeneración de México.

<sup>22</sup> *Ibidem*, p. 123 y s.

La resistencia de los mexicanos fue vista y elogiada con tanto entusiasmo por los senadores, al grado que sus intervenciones se convirtieron en un sincero y emotivo homenaje a sus virtudes patrióticas, y a su lealtad a las instituciones republicanas y a la libertad. Este párrafo de Mr. Nye así lo demuestra:

Un pueblo que ama la libertad, como han probado que la aman estos mexicanos, no puede derribársele. Encontrarán defensores desde el nacimiento de los ríos hasta las gargantas de las montañas; y los encontrarán en bandas justamente iguales a aquellas contra las que el sanguinario emperador expidió su decreto; los encontrarán donde los ríos se elevan sobre las altas montañas y en los más profundos valles, y su canto será la música que los emperadores nunca escuchan con agrado. Los cantos de ellos son de libertad, y estos cantos tienen un poder enérgico que da vigor a un pueblo medio ignorante como ése, para emprender acciones de prodigiosa temeridad.

Y después de reprochar al gobierno su falta de ayuda, en un trozo que es precioso por el testimonio que ofrece respecto a la leal constancia de los mexicanos y por la magnífica semblanza que nos entrega de ese patriarca liberal que fue Juan Álvarez, decía:

Siempre me alegré al llegar a Acapulco, un puerto pequeño, pero abrigado, enteramente resguardado por la tierra, y en el cual nuestros buques y la escuadra mexicana surgían con felicidad, excepto cuando el Océano se agitaba. Sobre la cima de una montaña no distante ni dos millas de la guarnición imperial, flameaba la bandera de la República de México; y todo francés, todo traidor que se atrevía a pasar cerca de aquella bandera era hombre muerto. Álvarez, con la cabeza cana por sus ochenta años, con una espada que desafiaba a las combinaciones imperiales, con cinco mil mexicanos, ocupaba esos montes, que hubiera defendido hasta que hubiese sido muerto el último mexicano. Bajo los pliegues de esa bandera se veían este anciano héroe y sus dos hijos, dignos sin duda de su digno padre. Su integridad y su amor a la libertad, les ha sido transmitida e infundían a este cuerpo de mexicanos el espíritu de libertad. Francia con todo su poder, Prusia con su fusil de aguja, Austria con sus legiones de infantería, jamás habrían podido romper las líneas de Álvarez en la garganta de aquella montaña. Por más de cincuenta años ha sostenido su guardia en la garganta de esa montaña, y permanecerá allí hasta que vaya a recibir la recompensa del fiel y del amante a la libertad en un mundo mejor, donde no hay guerra.

Esta lucha por sobrevivir, pese a todos los embates y sacrificios, en contra de las amenazas más terribles otorgaba al pueblo mexicano y a

su gobierno la potestad absoluta para combatir con todos sus recursos a los imperialistas, para capturarlos, hacerlos juzgar e imponerles las más severas penas. Los mexicanos, al capturar a Maximiliano y someterlo a juicio, mostraron ser un pueblo caballeroso, pues hubiera bastado con ejecutarlo en el acto, como él ordenó se hiciera con los republicanos. Los mexicanos

fueron más misericordiosos, más civilizados y más ilustrados. Creo que México se equivocó. Creo que México incurrió en un error. Yo pienso —explicaba el señor Chandler— que el hombre que fue capaz de expedir y de ejecutar aquel decreto no tenía derecho de morir de bala. Yo pienso que en justa represalia debía haberse dispuesto que, donde y cuando se le hubiese aprehendido, fuese inmediatamente colgado. Yo pienso que perdió el derecho a sufrir la muerte de un soldado.<sup>23</sup>

Y respecto a su ejecución y a las protestas levantadas por las monarquías europeas, consideraba que los mexicanos tuvieron sobradas razones para hacerlo, pues debieron considerar

los campos sangrientos y los sangrientos pasos sobre los que habían marchado y reflexionando sobre la posibilidad de un retorno a una lucha que había terminado pensaron: “este hombre que pudo reunir a su derredor gobiernos de fuerza imperial, antes que esta guerra comenzase, reunirá con los resentimientos y preocupaciones inherentes a la derrota, fuerzas y gobiernos más fuertes, para volver de nuevo a invadirnos y a rehacerse del trono que ha perdido”. Si nos preguntáramos cuál habría sido la suerte de un americano cualquiera que hubiera ido a invadir Europa, es indudable que hubiera sido tratado como vulgar invasor, como auténtico filibustero, como ocurrió a Walker y a otros por los que no se pudo hacer nada. Sin embargo, Maximiliano, siendo en el fondo un aventurero filibustero, ha sido tratado con toda la condescendencia posible. Los mexicanos podían haber sido magnánimos otorgándole la vida, ellos no lo creyeron conveniente y estaban justificados al no hacerlo. Maximiliano nunca pensó que lo harían, nunca soñó que su vida fuese salvada. Mas ahora —afirmaba el senador Chandler—, porque este hombre fue fusilado como merecía serlo, tres naciones se ponen de luto y los representantes de ellas son retirados de la Corte de México, donde espero que nunca volverán, pero más aún, ahora amenazan con tomar represalias, las cuales no puede tolerar el gobierno de los Estados Unidos.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> *Ibidem*, p. 100 y s.

<sup>24</sup> *Ibidem*, p. 120 y s.



“Por ello —proponían los senadores—, el Congreso debía hacer pública declaración en la cual manifestara que los Estados Unidos no permitirían que ninguna potencia europea interviniera en México a consecuencia de la conducta que el Gobierno de aquella República ha observado con sus enemigos, que atentaron a la destrucción de sus instituciones republicanas”. Y agregaban: “La conducta de los Estados Unidos hacia México debería ser de bondad fraternal, de simpatías de hermana, de generosas palabras, de aliento y de promesas, y si necesario fuere, el brazo fuerte de la intervención contra este atentado monárquico, para perturbarlo y destruirlo.” Y enjuiciando el valor de la causa republicana y sus gobernantes, declaraban sin cortapisas:

La historia de Juárez será imperecedera. La historia de Maximiliano sólo se recordará como una lección a los otros vástagos del poder imperial. Por lo mismo, mientras yo vierto una lágrima de simpatía por la caída de este hombre, me levanto para declarar lo que honesta y religiosamente creo: que su muerte y la manera con que se le dio, es para México un suceso más poderoso, que para nosotros nuestro propio triunfo sobre la rebelión. [...] Espero, por tanto, añadir finalmente que esta Cámara dictará alguna resolución, indicando claramente y declarando en los términos más explícitos, que nuestras simpatías como nación, individual y colectivamente están y han estado en favor de los mexicanos que luchan.

Y agregaba:

Debería enviarse a México como representante un hombre no vulgar, sino de capacidad superior; un hombre que mire donde ha sido herida la libertad y que conozca el remedio que debe aplicársele; un hombre cuyo corazón participe activamente a impulsos de la simpatía por los libres que luchan.<sup>25</sup>

De esta suerte, un grupo de senadores de la Unión Americana, conscientes de sus deberes y de la alta responsabilidad histórica que ellos y su nación tenían por la conducta observada con México, salía en defensa de nuestro país y aseguraba que el derecho que tuvo para enjuiciar y condenar a Maximiliano era un derecho indubitable, aquél que tienen todos los pueblos que aman la libertad para desprenderse de la opresión y de toda intervención extraña.

<sup>25</sup> *Idem.*